

**CAPÍTULO CUARTO**

**EL MEDITERRÁNEO**

## **EL MEDITERRÁNEO**

Por MARÍA DOLORES ALGORA WEBER

### **PANORAMA GENERAL**

El año 2000 ha sido un año muy especial para el área mediterránea, por el cariz que han tomado los diversos procesos que están en marcha, por la relación entre estos y por el relevo de los que han sido grandes agentes en la toma de decisiones de la última década.

El año termina con una gran sombra en el panorama del Mediterráneo que, si no oscurece por completo al resto de los acontecimientos, al menos, sí dificulta la visión de algunas luces que se han podido percibir en estos meses. Las circunstancias por las que está atravesando el Oriente Próximo, especialmente en el último trimestre, ponen en tela de juicio los esfuerzos realizados durante toda una década. Puede ser que el Proceso de Barcelona siga sus propios pasos y no se detenga; puede ser que los otros diálogos en curso logren alcanzar algún nuevo progreso, pero es claro, que para no paralizar la evolución, no sólo de los países ribereños sino de toda la Unión Europea en su conjunto, el optimismo y la fuerza de la voluntad tendrán que sobreponerse más que nunca al pesimismo de la razón.

Con este ánimo, hagamos un intento por localizar lo que ha sido positivo para el Mediterráneo. No pongamos nuestra mirada sólo en un plano horizontal, sino dirijámonos a los procesos con una mirada vertical; hacia la profundidad de los hechos más que hacia la apariencia que nos ofrece la superficie del panorama estratégico.

De este modo podremos descubrir que, a pesar de la pérdida de esas esperanzas con las que comenzó el año, los hechos siguen su ciclo. Algunos con síntomas alentadores, digamos por ejemplo que Jordania y Marruecos pasaron su "cuarentena" con firmeza en el primer año de sus nuevos reinados. Tanto Abdullah II como Mohamed VI emprendieron sus tareas de gobierno con los aires propios de unos monarcas, que si bien por su juventud podrían haber acusado su falta de experiencia y criterio para dirigir un Estado, también por esta misma razón han sabido imponer el camino de las reformas y la modernidad que corresponde a unos monarcas educados en el contexto de los mejores valores democráticos.

Por parte de Siria, la temida inestabilidad y agresión regional que se esperaba tras la desaparición del "León de Damasco", como en los otros casos, ha quedado hasta el momento en el plano de las conjeturas. Los sirios lloraron y enterraron a su presidente como correspondía a un personaje histórico de su talla. Solventaron las consabidas luchas por el poder, que han caracterizado las sucesiones en el mundo árabe. Eso sí, con una peculiaridad hasta ahora desconocida, pero que no tardará en repetirse y sorprendernos en otros Estados del Oriente Próximo: el paso de República a "pseudomonarquía". Una sucesión republicana al más puro estilo dinástico que, con el tiempo, acabará por unir lo que todavía hoy nos suena a términos antagónicos. En Europa, entre la tibieza de una despedida esperada y los intereses y beneficios concebidos para el futuro de la región, acabaron por redoblar tambores de alabanza para quien había sido uno de los grandes dictadores árabes: Hafed al-Assad. Su hijo Bashar fue entronizado por sus compatriotas y recibió el visto bueno de esa vara de medir tan elástica que desde el mundo occidental se aplica a los sucesos árabes.

Otras muertes, también de personajes históricos, pasaron prácticamente desapercibidas, como fue el caso del ex-presidente de Túnez, Habib Bourguiba, relegado de toda actividad política y retirado a su mansión de Monastir desde 1987. Apenas hubo comentarios para quien había puesto las bases de un país que durante décadas ha podido distinguirse por la constitución más progresista de cuantas hayan existido en el mundo árabe-islámico.

Libia, a pesar de la despechada actitud con la que Muammar al-Gaddafi tomó la mano que le tendió Europa en la Cumbre de El Cairo celebrada en abril, ha podido superar poco a poco el aislamiento padecido desde 1992. Sin embargo, el levantamiento de sanciones no ha signifi-

cado la integración del pueblo libio en los Procesos del Mediterráneo. El gobierno de Trípoli mantiene su rechazo al Proceso de Barcelona.

En el Oriente Próximo el Proceso de Paz se ha ido enturbiando a lo largo del año. No había comenzado mal. En los primeros meses pareció que se salvarían los escollos de las negociaciones sirio-israelíes y que se mantenía la impaciencia por alcanzar el prometido estatuto final para la creación de un Estado palestino. Los avances empezaron a estancarse desde la primavera. La rápida retirada unilateral de Israel del sur del Líbano, sin contar con Siria, enrareció la situación. Este hecho causó un desconcierto regional que tardó unos meses en tener efectos. Desde entonces fueron convergiendo factores que llevaron al estancamiento que vivimos a finales de año. Esos factores fueron de diversa índole: la muerte de el-Assad, interlocutor sirio; la debilidad de Arafat, que no proclamó unilateralmente un Estado; y la división interna de Israel acompañada de la fuerza de los partidos religiosos en el escenario político. Todos se convirtieron en los ingredientes oportunos para elevar la tensión de la región oriental del Mediterráneo hasta el estallido definitivo de la violencia que ha causado "la Intifada de al-Aqsa".

Posiblemente ésta era la reacción esperada; nadie dudaba de las dificultades que entrañaría abordar cuestiones clave como el tema de los refugiados, y mucho más, la capitalidad de Jerusalén. Con este final de año, hay quién piensa que ha muerto el Proceso de Paz; pero también los hay, que tienen la confianza en que éste no sea más que el broche de la proclamación de un Estado nacional para los palestinos. Un acuerdo de semejante categoría histórica e internacional no saldrá de una negociación; probablemente no quede más salida que forzarlo y sellarlo "a sangre y fuego". Nadie podrá ver un ápice de optimismo en esta situación, pero una mirada hacia lo lejos permitirá afirmar que la sociedad internacional ya no retrocederá hasta el nacimiento de este Estado.

Paralelamente deberemos estar atentos a las consecuencias que tendrá este nuevo levantamiento social en el marco del Proceso de Barcelona. La Conferencia de Marsella (Barcelona IV) del pasado noviembre tendrá que esperar algún tiempo hasta ver madurar sus frutos, hoy completamente verdes y por cortar.

Tampoco se han encendido las luces para Iraq. No podemos negar algún avance en la situación que se vive en este país; incluso alguna potencia ha intentado desmarcarse de las posiciones que se imponen en el contexto internacional respecto al gobierno de Bagdad. Pero en cual-

quier caso, el pueblo iraquí, víctima injustificada de esta situación, sigue con la soga al cuello esperando cambios internos o externos.

Por el contrario, en Irán han soplado vientos de renovación desde febrero. Los reformistas, que se consolidaron en el poder, han tratado de dar un giro a la revolución islámica. Esta transformación ha abierto un poco más la puerta cerrada al mundo occidental. El gobierno de Teherán ha fortalecido su protagonismo en los procesos de Oriente Próximo, lo que tendremos que analizar detenidamente. Veremos como esta evolución en el Estado más notable del mundo musulmán, afectará a sus vecinos árabes.

## **EL PROCESO DE PAZ EN EL ORIENTE PRÓXIMO**

Un análisis del Mediterráneo requiere el estudio de muchos factores. Siempre hemos sido contrarios a reducir el Oriente Próximo a una explicación del Proceso de Paz entre palestinos e israelíes, aunque muchos de estos factores se muevan y redunden en ese ciclo de acontecimientos. El mundo árabe del Masreq merece otras visiones distintas, ya sean económicas, sociales, culturales, demográficas, ambientales, históricas, incluso políticas, pero visiones diferentes al eterno dilema entre la guerra y la paz. Sin embargo, en esta ocasión, la tensión alcanzada supera con mucho a la habitual que es capaz de soportar la región. Por este motivo, nos resignaremos una vez más a iniciar el análisis precisamente por los enfrentamientos civiles de estos días pasados. Cuando se publique este "Panorama Estratégico del año 2000", es evidente y lógico al mismo tiempo, que el lector espere encontrar en primera línea la versión del Proceso de Paz, dado que éste tamiza todo lo que nos acontece en la cuenca mediterránea.

Durante 1999, el Proceso de Paz en Oriente Medio, a pesar de que nunca ha sido fácil, parecía haber despegado definitivamente del estancamiento en el que lo había sumido el presidente Benjamín Netanyahu. Yasser Arafat había puesto fecha al nacimiento del Estado de Palestina el 4 de mayo, una vez resuelto el estatuto final tantas veces retrasado. No se cumplieron estas predicciones. Aun a riesgo de dañar todavía más su ya deteriorada capacidad de liderazgo, Arafat volvió a recurrir a la paciencia del pueblo palestino en aras de no proclamar unilateralmente un Estado que arruinara el Proceso de Paz. Decidió esperar a los resultados de las elecciones generales israelíes por no decepcionar a la mediación internacional, que ya había logrado atraer hacia su causa.

En efecto, la llegada al gobierno del laborista Ehud Barak despertó las esperanzas, incluidas las de los más incrédulos y detractores del proceso. Todo conducía a que se daría un paso adelante. Nada más estrenarse el año 2000, la entrada en la negociación de la banda sirio-israelí confirmaba el nuevo impulso, que parecía dirigirse a una recta final para la paz global en la región. La presencia siria en el Proceso de Paz no acabó por satisfacer del todo al líder palestino, que vio en unos meses que la solución de cuestiones como la retirada del ejército israelí del sur del Líbano, o los problemas en torno a los Altos del Golán, desviaban la atención internacional de su objetivo.

Mucho más aciaga resultó la cuestión palestina cuando, a la inesperada retirada de Israel de la franja de seguridad del Líbano en mayo, siguió la muerte del presidente sirio Hafed el-Assad en junio. Por su parte, la comunidad internacional quedó completamente desconcertada. El fin de la presencia israelí en el sur del Líbano suscitó enormes recelos acerca de los verdaderos fines que Israel perseguía. Hasta meses más tarde no se pudo entender cuál era la razón última que había llevado a dar este paso. En medio de este contexto de incertidumbre falleció al-Assad, quien arrastraba desde hacía años una precaria salud. Desde ese momento ya no se podía aspirar más que a evitar la inestabilidad interna de Siria, lo cual hubiera puesto a la región al borde del conflicto.

Tardó en recuperarse el diálogo palestino-israelí. Tras una serie de desplantes entre Arafat y Barak, el Consejo Central de la OLP anunció nuevamente una fecha para el nacimiento del Estado palestino, el 13 de septiembre, aun bajo la amenaza de ser una proclamación unilateral. Este golpe de fuerza concentró otra vez las miradas hacia el núcleo central del proceso.

Las conversaciones que siguieron a esta recuperación, lejos de brindar una nueva oportunidad, no llevaron más que a agudizar el desacuerdo entre las partes. Tanto Arafat como Barak tuvieron que hacer frente a las duras críticas de aquellos a los que cada cual representaba. Los rumores de la carencia de liderazgo de Arafat entre los palestinos, unido a la decepción cada vez más patente de quienes habían confiado en Barak, contribuyeron al debilitamiento del Proceso de Paz. El diálogo encalló en el mismo punto de siempre: regreso de refugiados, asentamientos judíos en zonas árabes y división de Jerusalén.

Los mediadores internacionales, tanto de Estados Unidos como de la Unión Europea, intensificaron su esfuerzo diplomático al máximo. La

comunidad internacional respondió así a las circunstancias de desesperación en la que se veía enmarañada su actuación. Nunca la intervención de las fuerzas externas a la región había sido capaz de llegar hasta el límite en el que se encontraban las negociaciones en el verano. Palestinos e israelíes acentuaron sus habituales acusaciones mutuas, descargando en el contrario la responsabilidad de los obstáculos que impedían la paz. Pocas novedades respecto a lo que había caracterizado los últimos diez años.

El “espíritu de Madrid” que había ido cristalizando los progresos en la confianza mutua, pareció haber llegado a su fin. La situación se mantuvo “in extremis” por unos días. Este desgraciado panorama coincidió con un elemento que hasta el último instante ha sido fundamental; en la carrera final hacía su relevo en la Casa Blanca, el presidente norteamericano Clinton quiso terminar su mandato vistiendo laureles de gloria. Por ello concedió una preferencia que no era excepcional, siempre la había tenido, a los asuntos del Oriente Próximo. Creyó que encontraría su última oportunidad para culminar su éxito, al conseguir que Arafat y Barak accedieran a asistir a Camp David el 11 de julio. Una latente hostilidad entre las partes rodeó estas negociaciones de un clima de absoluto secretismo del cual apenas se podía traslucir un mínimo detalle. Si de algo sirvió el encuentro en Estados Unidos, fue para que los dos líderes volvieran a verse cara a cara, pero todo apuntaba a que no se abriría la puerta de las concesiones por parte de ninguno de los afectados. El presidente Clinton tuvo que retrasar su agenda e incorporarse a la reunión del “Grupo de los Siete” en Tokio, delegando su papel en la secretaria de Estado Margaret Albright, quien al menos consiguió evitar que las delegaciones volvieran a marcharse al Oriente Próximo antes del regreso del presidente.

En cualquier caso, la urgencia de Clinton por sellar el proceso chocó con la “Cuestión de Jerusalén”, que demostró ser la clave de la paz en la región. No fue motivo de sorpresa para nadie. El tema había sido soslayado en las negociaciones durante años por la amenaza de quiebra del entendimiento que ello podría significar. El asunto ha sido continuamente desvirtuado por los medios de comunicación. No ha existido voluntad de esclarecimiento de las posiciones por parte de las grandes agencias de información. Lo que no sólo ha llevado a empeorar el diálogo, sino también a confundir a la opinión pública internacional, poniendo en peligro a todo el Mediterráneo. Constantemente se ha hecho referencia al deseo de ambas partes por la “capitalidad” de la Ciudad Santa, sin matizar lo que es una verdad a medias. Al hablar de la capital, Barak está negándose a

la división de Jerusalén, postura contraria a las resoluciones de las Naciones Unidas; y cuando Arafat se refiere al tema, quiere indicar capitalidad en la parte de "Jerusalén Este", la que corresponde a los palestinos según la disposición internacional. Arafat admite compartir la ciudad, la división, pero no cualquiera, sino la que dicta la resolución 242 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. De ahí que haya rechazado otros planes alternativos y haya exigido el cumplimiento de las resoluciones, en vez de su negociación.

Barak se ha visto preso de la crisis interna del Estado de Israel, circunstancia que hasta hace muy poco también se había mantenido callada. La actitud de los colonos ortodoxos al negarse a abandonar los asentamientos y, lo que es más, a ceder un ápice del casco antiguo de Jerusalén, ha abierto los ojos a una opinión pública internacional, que ha ido descubriendo con asombro la fragmentación y la fuerza del movimiento religioso judío. Por ejemplo, el partido ortodoxo Shass retiró su apoyo al ejecutivo, dejándolo en minoría en el Knesset (parlamento), hasta el extremo que Barak tuvo que recurrir al voto de los árabes de Israel, demostrándose el relieve que tomaba la posición política de estos.

La situación interna israelí ha sido un espectáculo dantesco en los últimos meses. A la atomización del Knesset en múltiples partidos religiosos, ha venido a sumarse una crisis presidencial con la dimisión de Ezer Weizmann. Para colmo de los males del partido laborista, el partido conservador Likud no ha dejado de plantear continuamente su oposición. No pueden pasar desapercibidos dos hechos: el primero, que la dimisión del jefe de Estado de Israel se haya producido en plena negociación del Estatuto Final para el nacimiento del Estado palestino; y segundo, las acusaciones verdaderas contra Netanyahu por motivos de corrupción no han podido ser comprobadas, lo que le ha permitido limpiar su imagen y volver a ejercer presión en el panorama político. Este escenario ha propiciado la decepción de muchos de los seguidores de Barak, que habían visto en él la oportunidad de alcanzar un entendimiento entre palestinos e israelíes que permitiera una convivencia pacífica en la región. Las elecciones del 31 de julio fueron una prueba más de los respaldos que va perdiendo el sector laborista.

Pero si el desencanto israelí ha sido enorme, el palestino no ha sido menor. Por segunda vez, el presidente de la Autoridad Palestina descartó la proclamación unilateral del Estado, prevista para el 13 de septiembre. Los ánimos palestinos, y del mundo árabe en general, se vieron comple-



tamente socavados por un sentimiento de impotencia que ha ido cada vez a más.

En este clima se esfumó lo más importante del Proceso de Paz: la confianza mutua. Esto era lo más novedoso de este proceso, lo que lo hacía distinto a otros muchos intentos anteriores. Esta confianza se había logrado alcanzar al menos en los primeros años de euforia, interrumpida a partir de 1996. En este contexto de acusaciones y falta de cumplimiento del calendario planificado, saltó la chispa que ha hecho estallar la "Segunda Intifada" o "Intifada de al-Aqsa".

El 28 de septiembre, el político conservador israelí Ariel Sharon decidió entrar en la explanada de las Mezquitas, custodiada por las fuerzas de seguridad israelíes. No ha habido nadie que se haya atrevido a justificar este gesto de prepotencia, que no podía tener otro objetivo que no fuera la provocación. El problema, que desde esa fecha ha desencadenado una ola de violencia que se ha saldado hasta el momento con cientos de muertos, la mayoría palestinos, no se puede explicar si no es por la fisura interna de las autoridades israelíes. La rivalidad de liderazgo, así como los distintos conceptos de "la paz" entre Barak y Sharon, han sido los verdaderos motivos de esta nueva Intifada en los territorios de Gaza y Cisjordania. Esta situación, a su vez, ha servido para mermar el ya de por sí cuestionado liderazgo de Arafat.

En este contexto, los extremos más radicales árabes e israelíes han visto la oportunidad de dinamitar el Proceso de Paz. Quizás sea éste el momento de empezar a atar cabos sueltos. El primero la retirada israelí del Sur del Líbano de la que antes hablábamos. Esta circunstancia empieza a entenderse mejor si se interpreta como la concentración de las tropas israelíes dentro de los límites de su actual territorio. Este hecho ha incitado a ocupar ese vacío con el auge de la guerrilla de Hezbollah en el Líbano meridional, supuestamente respaldada por Irán durante años y fuera del control de Siria. Por otra parte, junto a los jóvenes armados con piedras actúa el terrorismo palestino de Hamas y Yihad, que en la segunda quincena de octubre empezó a hacerse con armas de fuego fuera de los márgenes del control de Israel en Cisjordania y Gaza.

Estas circunstancias han llamado a la mediación internacional de todos los agentes posibles, incluido el monarca marroquí Mohamed VI y el presidente de gobierno español José María Aznar, de lo que hablaremos posteriormente.

Los días 16 y 17 de octubre, en una cumbre de emergencia nuevamente en Sharm el-Sheij, se reunieron Barak, Arafat, Clinton, el presidente egipcio Hosni Mubarak y el representante de la Política Exterior y de Seguridad Común Europea, Javier Solana. El objetivo no eran las negociaciones sobre los asuntos pendientes, sino evitar el estallido de un conflicto abierto en el Oriente Próximo. A los pocos días, 20 y 21 del mismo mes, se convocó a la Liga Árabe, que no logró finalizar con una posición unánime entre los jefes de Estado árabes. Varapalo que lógicamente no satisfizo a Yasser Arafat, quien llegó al extremo del insulto contra Barak y la descalificación del proceso en su conjunto.

Estas circunstancias no dejan de ser significativas. Jordania y Egipto, aun condenando los ataques de Israel y el reguero de víctimas que han dejado, no se mostraron claramente partidarias de una política de firmeza contra el Estado judío. Libia, muy por el contrario, abandonó la reunión ante la falta de acuerdo en una postura condenatoria común contra Israel. Arabia Saudí protagonizó una posición lejos de su norma habitual al involucrarse notablemente en los sucesos del Oriente Próximo en defensa al pueblo palestino, haciendo frente incluso a su tradicional aliado norteamericano. No olvidemos que lo que está en juego es nada menos que la tercera Ciudad Santa del Islam.

Paralelamente, el dirigente israelí llegó a dar por muerto el Proceso de Paz. Con la actitud radical de unos y otros se presagiaron los peores augurios para la zona del Mediterráneo Oriental.

Por su parte, Barak fracasó en su propuesta de formar un gobierno nacional de urgencia con Sharon, personaje éste cuya trayectoria histórica en la región está vinculada a la dura represión que sufrieron los campamentos de refugiados palestinos en Sabra y Shantila al sur del Líbano. Pero ésta no fue la única fractura israelí, ya que los propios laboristas fueron incapaces de mantener la unidad a medida que se fue acentuando la violencia y la forma de reprimirla. El Estado Mayor del Ejército israelí empezó a cansarse de esta política de "contención" impuesta por Barak, a la par que su propio ministro de Justicia Yosi Beilin lanzaba fuertes críticas por la posible decisión de congelar las negociaciones.

Mientras, en Estados Unidos tenían lugar unas de las elecciones presidenciales más complicadas de su historia. A la espera de aclarar los resultados oficiales que determinarían quién sería el nuevo presidente de la primera potencia mundial, Clinton siguió aprovechando los escasos retazos del poder que quedan en sus manos para lograr reunir a Barak y



Arafat y volver a las negociaciones pendientes. Tampoco esto dio resultados positivos.

Paralelamente, la celebración en Qatar de la IX convocatoria de la Organización de la Cumbre Islámica el 12 de noviembre, intentó aunar las posiciones que resultaron divergentes en la condena de Israel al reunirse unos días antes la Liga Árabe; sin embargo mantuvieron un acuerdo muy ambiguo. Los más radicales, Iraq y Siria, pidieron la ruptura de relaciones con Israel. Más moderados, se opusieron Jordania y Turquía. Ni siquiera Egipto logró sacar adelante una propuesta para el apoyo económico a la Intifada, lo que le llevó en pocos días a perder su posición moderada y a actuar por su cuenta, retirando a su embajador en Israel.

En definitiva, las negociaciones evolucionaron hacia un punto muerto que posiblemente sólo podrá poner de nuevo en marcha una intervención mucho más activa de los actores internacionales. Ningún dirigente israelí aceptará la división de Jerusalén, dado que la vuelta a Sión justifica y mantiene la propia existencia del Estado de Israel. Por otro lado, por circunstancias mucho más pragmáticas, el gobierno judío sabe que nunca podrá entregar a los palestinos el control de Jerusalén, ni siquiera parcialmente, porque no sería capaz de garantizar la seguridad de Israel en el rompecabezas del Oriente Próximo. En la Ciudad Santa sería vergonzoso instalar un sistema electrónico de detección de infiltraciones, como se está realizando entre el Líbano e Israel desde la retirada del ejército.

Por este motivo concentraron sus tropas y mantienen la baza de los Altos del Golán, supuestamente esperando provocar la polémica decisión del envío de fuerzas de interposición, a pesar de la apariencia contraria a ello. Probablemente no es la presencia de ejércitos extranjeros en el Oriente Próximo lo que les preocupa, sino la composición de esas fuerzas. Los israelíes cederían en el caso de que estas tropas fueran norteamericanas, pero saben bien que eso no sería aceptado por el resto de los Estados de la región. Precisamente posición opuesta a lo que ocurría en la parte palestina, cuya sociedad va comprendiendo cada vez mejor su difícil supervivencia sin el entendimiento con sus vecinos israelíes. Sin embargo, Arafat buscaba la presencia de un contingente internacional mucho más neutral y así lo solicitó a las Naciones Unidas. En Europa era Francia, aunque España también señaló su voluntad de participar activamente en esta solución si llegara el caso, el Estado que defendía y con ello se garantizaba el protagonismo de esta posibilidad.

Esta cuestión concreta nos lleva a destacar cual ha sido el papel de España, no a lo largo de todo el proceso, lo que es bien conocido, sino en su acción exterior durante el año 2000. España lleva años jugando una importante labor diplomática en el Proceso de Paz del Oriente Próximo. En primer lugar a través de Moratinos que, aunque actúa en nombre de la Unión Europea, no podemos olvidar que fue aceptado por ambas partes por ser español cuando se habían rechazado otras propuestas. También tiene un papel importante Solana, otro español en un puesto europeo, aunque por el momento no tenemos perspectiva suficiente para valorar su misión en esta región.

Sin embargo sí podemos detenernos en la función del presidente Aznar en esta cuestión internacional. El rasgo que ha caracterizado al jefe del Ejecutivo español ha sido la discreción, pues ha evitado un excesivo protagonismo en el Próximo Oriente. Esta actitud que ha sido muy bien vista por las partes en litigio, haciendo menos ruido que Chirac, ha mantenido una posición clara y activa, impulsando el diálogo.

La acción diplomática de Aznar comenzó con su viaje a Marruecos para encontrarse con el monarca alauí Mohamed VI en la primera quincena de Mayo. Entre otros asuntos, se trató la activación de la política mediterránea común.

Poco después, a finales del mismo mes, fue Yasser Arafat quién vino a España solicitando la mediación en el conflicto del Oriente Próximo. Más que desarrollar esta función que corresponde a otras instancias de la política europea, lo que se ha intentado es aprovechar las buenas relaciones que España mantiene con árabes e israelíes. El presidente palestino tuvo la oportunidad de entrevistarse con el rey Juan Carlos I, con el presidente de Gobierno y con el ministro de Asuntos Exteriores, Josep Piqué.

En su día, Aznar hizo ver al gobierno del laborista Ehud Barak la necesidad de cumplir los acuerdos en concordancia con el calendario establecido puesto que, de no hacerlo así, crecería la desconfianza de las autoridades palestinas y provocaría el levantamiento de la población en los territorios de Gaza y Cisjordania. Con el cambio político israelí se esperaba la reactivación de las negociaciones; lo que se produjo sólo en parte, dado que se siguió tropezando en las mismas cuestiones de siempre.

El gobierno de Madrid programó la visita de Arafat casi coincidiendo en el tiempo con la del presidente egipcio Hosni Mubarak, lo que permitió una visión más amplia de la situación en Oriente Próximo. También las

cumbres europeas han servido para proseguir los contactos con los países más implicados en la región, en donde no se ha dejado de sentir el vacío ocasionado por el fallecimiento del monarca Husein de Jordania. En septiembre fue correspondida la visita de Aznar, con la del monarca Mohamed VI a Madrid. Incluso en octubre, viajó Aznar hasta Irán para entrevistarse con el presidente Mohamed Jatamí, del que pretendió conseguir una posición firme pero no radical contra Israel.

Tanto Francia como España han culpado sin ambages a Israel desde el inicio de la última Intifada palestina. Los dos Estados han respaldado las resoluciones condenatorias pronunciadas por el Consejo de Seguridad y la Asamblea General de las Naciones Unidas, desmarcándose claramente de sus socios comunitarios.

## **EL PROCESO DE BARCELONA**

Entre los distintos foros de diálogo que tienen lugar en el Mediterráneo actualmente, sin duda el Proceso de Barcelona y el Proceso de Paz del Oriente Próximo son los más importantes y los más desarrollados. Se trata de procesos separados, pero que se caracterizan por múltiples factores que los hacen sinérgicos.

La separación entre los dos procesos se debe más a los agentes internacionales y a los objetivos de cada uno de ellos que a razones geopolíticas. El Proceso de Paz del Oriente Próximo nació a raíz de la Conferencia de Madrid de 1991, ante la necesidad evidente de alcanzar un marco de confianza mutua entre los Estados de dicha región. Estuvo muy enlazado con el contexto mundial derivado del fin de la "Guerra Fría" y la "Guerra del Golfo", pues fue precisamente este último acontecimiento el que demostró la necesidad de crear un nuevo concepto de seguridad de cara al siglo XXI. La seguridad debería ser desde entonces un propósito consciente y voluntario de los países del Oriente Próximo. Debía ser además una seguridad en términos nuevos y distintos a los impuestos por la concepción tradicional basada únicamente en fronteras. Por tanto la seguridad en el Mediterráneo oriental árabe ya no se solventaría con las nuevas y más sofisticadas tecnologías de armamento, sino que tendría que basarse en otras cuestiones, tales como la rectificación de las fronteras, el reparto del agua, el regreso de refugiados, el fin de los asentamientos y sobre todo, el nacimiento de un Estado palestino que compartiera su territorio con Israel.

A comienzo de los años noventa, los dos grandes actores internacionales por excelencia en el escenario mundial, el gobierno de Washington y el de Moscú, rivalizaban todavía por acaparar la mediación en los problemas del Oriente Próximo, aunque la evolución y desmembración que experimentó el conglomerado soviético, en poco tiempo dejó libre el camino para el protagonismo de Estados Unidos. En aquel contexto, las potencias hegemónicas no tenían intención alguna en delegar o abandonar su intervención en la toma de decisiones destinadas a buscar soluciones en una zona de tanta importancia estratégica como ésta. De ahí que el proceso fuera arbitrado por ellas. A partir de 1996 se creó la figura del Representante de la Unión Europea, recayendo hasta hoy esta labor sobre Miguel Angel Moratinos. Las naciones de Europa, aun admitiendo por pura tradición la presencia de americanos y rusos, tampoco estaban dispuestas a ceder por completo a sus intereses en el Mediterráneo. Mucho menos, cuando la mermada influencia de Moscú permitía inclinar la balanza hacia el lado israelí, decididamente fiel a los designios de la Casa Blanca. En cualquier caso, la presencia europea en el proceso nunca tuvo como fin sustituir a ningún agente internacional, sino por el contrario, servir de equilibrio y complemento a la pretendida neutralidad americana.

Poco antes de producirse la presencia europea en el Proceso de Paz del Oriente Próximo, había comenzado otro diálogo distinto pero paralelo en el Mediterráneo. Es el que hoy conocemos con el nombre de Proceso de Barcelona, por ser precisamente allí en 1995, donde se celebró la primera reunión a la que asistieron veintisiete países, quince del “norte” y doce del “sur”. El objetivo era emprender una política mediterránea común a través de una cooperación que se consolidara en la fórmula de “partenariado” entre iguales. Fue condición para pertenecer a este proceso tener un previo acuerdo de asociación con la Unión Europea. De este modo se limitaba el marco y se dejaba fuera de este ámbito a los países del Este, que responden a otras características distintas. Tampoco se contemplaba la participación de las grandes potencias. De ahí que haya otros diálogos paralelos en el Mediterráneo (por ejemplo el de la OTAN), aunque en realidad todos buscan una política común, basada en el concepto de seguridad cooperativa.

Cada proceso sigue su curso en el mismo ámbito geográfico, pero sería caer en la artificialidad no reconocer la conexión que inevitablemente tienen unos con otros, al menos los dos principales entre sí. No vamos a extendernos en la explicación detallada de los diálogos que se han ido conformando a lo largo de la última década, pero sí señalaremos las nove-

dades que el año 2000 ha aportado a cada proceso y la situación en la que se encuentran en el presente.

Respecto al Proceso de Paz del Oriente Próximo, es importante resaltar sus efectos sobre la Política Exterior y de Seguridad Común. Llenar de contenido esta política era un objetivo preconcebido desde la Conferencia de Maastrich en 1997. Sin embargo, no fue hasta diciembre de 1999, cuando se designó a una persona concreta para convertir este propósito en una acción real de la Unión Europea. El anterior secretario general de la OTAN, Javier Solana, fue nombrado para el cargo.

La existencia de este nuevo puesto en el panorama internacional, se ha traducido a lo largo de este año en una cierta confluencia de funciones entre Solana y Moratinos, que como indicamos anteriormente es el actual representante de la Unión Europea para el Proceso de Paz del Oriente Próximo hasta el presente. La misión de "Mr. PESC" es mucho más amplia que la de Moratinos, por eso conviene distinguirlas con claridad y evitar la confusión, aunque es cierto que compartan algunas parcelas, como es el caso del Mediterráneo. Sin embargo en cuanto consideremos la actuación de Solana en otros ámbitos distintos al Mediterráneo, percibiremos la mayor extensión de su responsabilidad. De ahí, que a lo largo del año 2000 se haya ido trazando un nuevo concepto, en el que deberá profundizarse en el futuro: "la Política Árabe de la Unión Europea", dado que no todos los Estados de esta cultura son ribereños. Por este motivo no tienen porque ser incompatibles estas dos funciones exteriores.

Esta última política, puesta en práctica en meses recientes, ha llevado a la presencia de ambos representantes en reuniones internacionales destinadas a resolver los conflictos del Oriente Próximo. Así por ejemplo, en la Cumbre de urgencia celebrada en Sharm el-Sheij el pasado mes de octubre, el principal papel en cuanto a la Unión Europea lo desempeñó Solana, aunque indudablemente Moratinos estuvo presente en un segundo plano.

Respecto al Proceso de Barcelona, es oportuno recordar la Conferencia ministerial celebrada en Marsella ("Barcelona IV"). La cumbre tuvo lugar los días 15 y 16 de noviembre, con un objetivo que la hizo especialmente compleja por la situación que se vivía el pasado otoño en la cuenca sur del Mediterráneo. La gran aportación de Marsella debería haber sido la aprobación de una Carta para la Paz y la Estabilidad del Mediterráneo (planificación estratégica común), lo que pareció imposible, o al menos muy forzado, a la vista de los acontecimientos de la "Intifada de las Mez-

quitas” en los Territorios de la Autoridad Palestina y todas las consecuencias que ello implicaba para el resto de los países árabes. Siria y Libano estuvieron ausentes en la Conferencia Euromediterránea por la presencia de Israel y por no tener plena seguridad de que la Unión Europea condenase al Estado judío por unanimidad. Libia, aunque sólo tiene estatuto de observador en el foro desde abril de 1999, mantuvo la incertidumbre sobre su asistencia hasta el último momento. Primero respondió negativamente, pero la noche anterior a la cumbre anunció su presencia.

El presidente de Francia Jacques Chirac, quien en su afán de jugar su papel de maestro de ceremonias es responsable del retraso de la conferencia por esperar a su turno de Presidencia, todavía pretendía que el Proceso de Barcelona saliese reforzado, dado el fracaso del Proceso de Paz en Oriente Próximo. Esta pretensión acabó por parecer demasiado deslumbrante para que pudiera ser una realidad. Por el contrario, dadas las circunstancias desfavorables, el presidente francés desistió de convocar una reunión de jefes de Estado y de Gobierno paralela a esta conferencia de ministros de Exteriores.

La seguridad no es el único objetivo que se verá afectado por las circunstancias presentes, pues la violencia desencadenada en el Oriente Próximo también chocará con la construcción de una zona de prosperidad compartida y libre comercio para el 2010; tampoco facilitará el desarrollo de los recursos humanos; ni favorecerá la comprensión entre culturas e intercambios entre las sociedades civiles. Por tanto, muy lejos ahora quedan las aspiraciones que se habían programado para el Proceso de Barcelona.

Lejos de estos fines y poniendo por ejemplo el caso español, este año se ha caracterizado por los problemas sociales consecuentes de la nueva Ley de Extranjería, que ha provocado un “efecto llamada” ofreciéndonos el triste resultado de un número cada vez mayor de inmigrantes ilegales, procedentes no sólo de Marruecos y Argelia, sino de zonas subsaharianas. Personas que llegan a las costas españolas en unas condiciones desesperadas. El balance del año ha sido un notorio incremento de las redes de tráfico de personas. Parece incomprensible que existiendo el Proceso de Barcelona persistan estos problemas humanitarios, cuando el “eje norte-sur” debería ser un marco válido para crear medidas de confianza que ayudaran a solucionarlo.

En esta situación adquiere gran relevancia el mal funcionamiento del Programa MEDA I, previsto para el ciclo de 1995-1999. De los 3.435 millo-



nes de euros comprometidos para la ayuda regional y bilateral solo se ha utilizado poco más de una cuarta parte. Los fallos no han estado únicamente en la complicada gestión de este fondo, sino también en la falta de desarrollo económico de sus beneficiarios, lo que les ha impedido absorber los montantes. El programa MEDA II para el 2000-2006 ha entrado ya en funcionamiento, pero aunque se ha aumentado el presupuesto en 5.350 millones de euros, empieza con pocos alicientes a la vista del resultado del anterior.

Volviendo de nuevo a las pretensiones francesas a las que antes nos referíamos, más que el reforzamiento del proceso, pueden producirse consecuencias negativas para el futuro de la Unión Europea. Si el conflicto en el Oriente Próximo se agrava todavía más, Estados Unidos y Rusia volverán a recuperar en el marco internacional una fuerza que vacíe el contenido del Proceso de Barcelona; por eso se insiste tanto en la “ficción” de mantener la cooperación euromediterránea por encima de los conflictos. De hecho existe un Comité de representantes permanentes de los Estados miembros, el “coreper”. Muy probablemente Europa tendrá que participar en el mantenimiento de la paz de la región; lo que está por ver es cuáles serán las ventajas de su intervención. De momento empezamos a padecer una crisis financiera vinculada al alza del precio del petróleo y una recesión importante en el valor del euro respecto al dólar.

Este panorama desalentador impidió incluso cumplir el primer objetivo del encuentro; el ministro francés Hubert Védrine terminó por desistir en la presentación de la Carta de Seguridad y Estabilidad que llevaba preparándose desde hace años en las cancillerías. A la vista de las circunstancias, no debe extrañarnos que la conferencia concluyera con el reconocimiento y apoyo de la Unión Europea al nacimiento —cuanto antes— de un Estado palestino independiente, alejándose cada vez más de las tesis norteamericanas e israelíes. A pesar de todo el documento no convenció a los miembros árabes, que cansados de esta neutralidad, persiguen una posición europea mucho más definida y activa hacia la parte palestina.

Si tuviéramos que resumir el panorama del año 2000, uniendo lo que cada uno de estos procesos ha evolucionado por separado, podríamos decir que sólo se ha producido un avance, a pesar de lo paradójico que puede resultar el análisis de las circunstancias. La comunidad internacional en su conjunto, los sectores moderados de Israel y, por supuesto, el mundo árabe terminan el milenio con la convicción de que ya no se podrá

echar marcha atrás a la existencia de un Estado soberano palestino. Cualquier acontecimiento que se produzca en contra de esta corriente, provenga de donde provenga, estará incitando a una seria amenaza para el estallido de un conflicto global, y en consecuencia, tendrá que asumir la responsabilidad mundial que esto implica.

## **LA EVOLUCIÓN DEL MAGREB**

A pesar de las diferencias que se nos presentan entre nuestros vecinos árabes del Mediterráneo, los del Magreb y los del Masreq, existe un hilo conductor que une el extremo oriental con el occidental. Bajo ese principio de cohesión (“Umma”), nada de lo que pueda ocurrir en el Oriente Próximo dejará de tener su repercusión en el norte de Africa; y, casi en la misma medida, se cumple el caso contrario, especialmente si hablamos de Marruecos, en cuyo trono se sienta quien además de monarca es “Comendador de los Creyentes” por su descendencia directa del profeta Mohamed. De ahí el papel de mediador en las controversias del Oriente Próximo que en varias ocasiones ostentó la dinastía Alauí en tiempos de Hasan II, cuyo peso moral para el mundo árabe ha heredado su hijo, Mohamed VI. Por añadidura, no dejemos de lado el peso importante que ha tenido siempre la comunidad judía en Marruecos, que dota a este Estado de una especial característica para ejercer el papel de árbitro en el conflicto árabe-israelí.

Con el fallecimiento en julio de 1999 del rey Hasan II, Marruecos inauguró una fase de transición política que atrajo las miradas de todo el mundo. La alternancia y la conciliación de fuerzas internas fueron los objetivos marcados. Continuaban un proyecto que en cierta medida ya había sido iniciado por el difunto monarca, al nombrar presidente de Gobierno al socialista Abderraman Yusufi para sorpresa de muchos. Esta línea la mantuvo Mohamed VI en su reinado, ocasionando efectos tan llamativos como el regreso del exilio en octubre de Abraham Serfaty; o poco después, la destitución en la cartera de Interior de Dris Basri, quien había sido la mano dura de la represión política durante años.

El país entró en unos momentos de apertura que serían decisivos para su porvenir. Desde entonces, las reformas administrativas y los cambios políticos han caracterizado la evolución de este Estado a lo largo del año 2000. La modernización en todos los terrenos es el gran reto al que se enfrenta el nuevo monarca desde los primeros meses de su gobierno.

En este primer año y medio, Mohamed VI se ha mostrado dispuesto a dar las claves que indican haber tomado el rumbo hacia una verdadera monarquía democrática, basada no sólo en una reforma constitucional, sino en el refuerzo del Estado de derecho. Paso éste que no le ha librado de las críticas de quienes no quieren romper con la tradición; o todo lo contrario, las de los que se impacientan y consideran muy lento el ritmo de los acontecimientos, las de los que exigen justicia contra los responsables de las penurias del pasado y las de los que presionan para que se convoquen elecciones sin manipulaciones.

El afán de transparencia del monarca ha llegado hasta los asuntos económicos y financieros. Mohamed VI ha realizado una auditoría de la fortuna acumulada por su padre y ha prometido limpieza en las privatizaciones por venir.

En cuanto a los brotes de movimientos islamistas que se pudieron observar en los meses del verano, algunos especialmente espectaculares, como la ocupación de las playas a las horas de llamada a la oración, todavía es pronto para saber como resolverá el nuevo monarca la cuestión. Hasan II había tenido contenido al islamismo por las características del trono marroquí, que reúne religión y política. Pero habrá que esperar para juzgar cómo se las arreglará Mohamed VI para hacer compatibles la modernización y la religión.

En lo que se refiere a las relaciones de España con Marruecos, éstas gozaron de la mejor predisposición posible desde la subida al trono de Mohamed VI. Al joven monarca no sólo le ha unido la herencia de la amistad personal con la familia real española, sino además, según sus propias declaraciones, el hecho de que el rey Juan Carlos I es su modelo político, incluso más de lo que pudiera serlo la figura de su padre.

Por otra parte, España estrenó legislatura en marzo de 2000, y como viene siendo ya una tradición muy significativa, la primera visita oficial del jefe de Gobierno fue a Marruecos. Aznar viajó al reino magrebí del 7 al 9 de mayo, incluyendo en su comitiva al ministro de Asuntos Exteriores, Piqué, y al ministro Portavoz, Cabanillas. Ello es reflejo de las relaciones privilegiadas que desde la Moncloa se otorgan al gobierno de Rabat.

Lo más destacado de esta visita fue el Programa de Acción Integrado para el Desarrollo y Ordenación de la región Mediterránea de Marruecos (PAIDAR), que supondrá un desembolso de 950.000 millones de pesetas, a sumar a los 800.000 que reconvertirán la deuda en inversiones privadas.

La finalidad del programa es el impulso de la economía del norte del país, esperando resolver con ello, no sólo el precario panorama económico marroquí, sino también los problemas sociales derivados del paro, que empujan a la población hacia la emigración a costa de cualquier precio que les permita cruzar el Estrecho o llegar al archipiélago canario. Aunque se pidió la colaboración del gobierno magrebí en el asunto de la inmigración ilegal, al cierre de este repaso anual no se ha apreciado ningún avance destacado en este aspecto. Es más, Aznar tuvo que soportar el discurso provocador de Yusufi al referirse a Ceuta y Melilla, así como el reproche a la contratación de mano de obra barata de la que se benefician los empresarios españoles hortofrutícolas, como una parte del problema del tráfico clandestino de ciudadanos.

El acuerdo pesquero con la Unión Europea fue otra de las constantes por resolver en la agenda hispano-marroquí, pues las negociaciones, paradas desde noviembre de 1999, no dieron paso a una solución. Los pescadores españoles mantuvieron su flota anclada, sobreviviendo con las ayudas del gobierno y de la Unión Europea. Cabe destacar un cambio en las negociaciones que sin duda dejará una huella; por primera vez, el nuevo ministro de Agricultura, Miguel Arias Cañete, planteó la intención de abordar el acuerdo, reconociendo la soberanía de Marruecos sobre sus aguas y la necesidad de su sector pesquero. Con este motivo recordó a la flota española que no tiene ningún derecho histórico sobre los bancos de pesca que permita tratar el asunto en otro plano que no sea la igualdad y equilibrio entre los dos Estados.

Es evidente que la relación de cercanía y amistad que expresa el monarca Mohamed VI, no acaba de encontrar su cauce cuando se desciende al plano del Ejecutivo magrebí.

En este sentido se dirigió el rey marroquí al español en la visita oficial a nuestro país el 18 al 20 de septiembre, acompañado de cinco ministros (Asuntos Exteriores, Finanzas, Cultura, Justicia y Condición Femenina). Mohamed VI manifestó su preocupación por encontrar un terreno de intereses comunes, todavía algo lejos de la realidad. Habló de la necesidad de definir un nuevo marco de cooperación entre los dos gobiernos, y como no podía faltar, pidió unir fuerzas en el papel destacado que España y Marruecos pueden desempeñar en la mediación en el Proceso de Paz del Oriente Próximo.

Esta declaración de buenas intenciones, que debe llevar a fortalecer y profundizar unas relaciones históricas con nuestro vecino del sur, no fue

órbice para que Mohamed VI dejara bien establecida su posición sobre algunos temas escabrosos, como la soberanía de Ceuta y Melilla y la “Cuestión del Sahara”. No se anduvo con tapujos al insistir en la falta de autoridad moral de España en lo que se refiere a los asuntos internos marroquíes, como está considerado el tema de la ex-colonia española, mientras no se aborde nuestra posición respecto a las plazas del norte de África, pese a que las Naciones Unidas ya se han definido.

En resumidos términos, a una nueva soberanía, una nueva mentalidad que ponga fin al antiguo régimen. Mohamed VI renovará las bases de su política interna, aunque todavía esté por ver hasta dónde le permitirán llegar las tradicionales mafias locales, y no se sabe si será únicamente un lavado de fachada. Es posible que las reformas también alcancen a la política exterior, pero en su relación bilateral con España, no parece dispuesto a abandonar la “política de palo y zanahoria” de la que fue maestro Hassan II. Nos quedará pues, fijar un terreno de equilibrio entre la endémica tensión de siempre y los novedosos criterios de un monarca joven con ánimo de imponer nuevos aires a su gobierno.

Donde parecía que iría más lejos de lo habitual la monarquía marroquí era en la “Cuestión del Sahara”. Uno de los primeros síntomas del aparente cambio fue el envío a El Aún de una Comisión Real en noviembre del año pasado. Sin embargo las esperanzas saharauis no tardaron mucho en ser decepcionadas, al repetirse las continuas dilaciones a las que Marruecos les tiene acostumbrados sobre el censo de votantes. En mayo se reunieron marroquíes y saharauis a puerta cerrada con el mediador delegado por Naciones Unidas, James Baker. El resultado de este encuentro fue la renovación de la MINURSO (Misión de Naciones Unidas en la República del Sahara Occidental) por parte del Consejo de Seguridad, evitando con ello un conflicto abierto, pero sin aportar ninguna solución a la cuestión.

Aunque ya se contaba con ello, en julio se volvieron a desvanecer las expectativas del tantas veces retrasado referéndum de autodeterminación y en septiembre, se estableció una prórroga de la misión internacional hasta finales de febrero de 2001. El permanente fracaso de las negociaciones ha terminado por desacreditar a las Naciones Unidas, cada día más alejadas del Plan de Arreglo que las dos partes firmaron en 1991. A lo largo del otoño, Mohamed VI pretendió abrir paso a una “tercera vía” que pusiera fin a este contencioso histórico con la concesión de una amplia autonomía pero siempre respetando la “soberanía marroquí” y la “unidad nacional territorial”. Esta posibilidad fue presentada en las con-

versaciones de Berlín a finales de septiembre y se repitió en el discurso del monarca el día de conmemoración del veinticinco aniversario de la Marcha Verde en noviembre. Hasta el momento el Frente Polisario la ha rechazado, insistiendo en que antes de una solución política optará por un enfrentamiento militar. Por su parte España sigue fiel a las decisiones de la ONU, evitando entrar en el empantanado asunto saharauí.

De este modo pasa un año más sin producirse avances en la “Cuestión del Sahara”. Un asunto que no sólo afecta a las partes en disputa por el territorio, sino al Magreb en conjunto. El Sahara es uno de los principales argumentos que se interpone en las relaciones entre el gobierno de Rabat y el de Argel. Aunque por la evolución argelina de los últimos años, bastante más preocupante es para el presidente Abdelaziz Bouteflika resolver sus problemas internos que los del vecino. No conviene dejar en el olvido tales circunstancias, pues precisamente este litigio hizo en su día fracasar la bien intencionada Unión del Magreb Árabe (UMA), difícil de rescatar sin el entendimiento cordial entre los dos Estados de mayor peso político y económico de la región magrebí.

Después de años de brutal y enloquecida violencia desatada por los grupos terroristas y por la represión militar como respuesta, Argelia pareció recuperar al menos parte de la calma, tras el referéndum del 16 de septiembre de 1999 relativo al restablecimiento de la Concordia Civil. El pueblo argelino, extenuado por el integrismo islámico respaldó masivamente la política del presidente de la República; en otras palabras, apoyó el proyecto legislativo para la reincorporación de los integristas arrepentidos. No faltaron sobresaltos posteriores, como fue el asesinato de Abdelkader Hachani, quien pretendía desmovilizar al Ejército Islámico de Salvación (EIS), brazo armado del Frente Islámico de Salvación (FIS).

El año 2000 se inició como había señalado el presidente Bouteflika, sin vencedores ni vencidos, como una nueva etapa histórica que fuera el punto de arranque hacia una renovación nacional. Sin embargo, la realidad no ha coincidido con las buenas y esperanzadoras intenciones del pueblo argelino. Todos saben en Argelia lo que nadie dice: el mantenimiento de un conflicto larvado con un cierto grado de violencia permanente, beneficia a sectores acostumbrados a la preeminencia en la política y por supuesto contrarios a permitir reformas importantes que les lleven a perder su influencia en la sociedad y de paso sus beneficios económicos. Por eso, este año puede haber sido distinto a los anteriores, pero se parecerá mucho a los que quedan por venir.

El 13 de enero de 1999 terminó el plazo para la Ley del Perdón. Se calcula que entre el verano y el día límite de ese plazo, alrededor de 6.000 terroristas sin delitos de sangre se acogieron a la reinserción social, quedando únicamente un 20% de islamistas armados. Otro de los progresos en este sentido fue la legalización del FIS en este contexto de reconciliación y como final de lo que ha sido una auténtica guerra civil durante una década. Desde la fecha límite no se ha dejado de hablar de la posibilidad de una segunda amnistía, pero lo cierto es que los círculos políticos que apoyan a Bouteflika han permanecido muy divididos acerca de esta iniciativa y la diversificación de posiciones entre los distintos grupos islamistas activos tampoco han facilitado esta medida.

La situación argelina no impidió al presidente Aznar viajar al encuentro de su homólogo con la intención de profundizar en las relaciones bilaterales entre Argelia y España. Gesto de una singular importancia, si tenemos en cuenta que no sólo fue el primer jefe de Gobierno que visitó el país desde 1992, sino que además durante los peores años del conflicto interno, Madrid no cerró ni el Instituto Cervantes de Argel, ni el Consulado de Orán. La visita fue realizada el 17 y 18 de julio, seguida de otra a Mauritania, cerrando con ello su ciclo de visitas de Estado al Magreb; recordemos que en 1999 visitó Túnez y en mayo de este año ya había visitado Marruecos.

El presidente español llevaba en su cartera asuntos de diversa índole. En todas las negociaciones entabladas los asuntos económicos ocuparon un lugar preferente. Las escasas medidas liberalizadoras del comercio, aprobadas por el Congreso argelino a finales de junio, han permitido la apertura del sector del gas. Las inversiones españolas en la última década aumentaron considerablemente en hidrocarburos (gas y petróleo), llegando a suponer el 96% de nuestro actual abastecimiento. La renovación del acuerdo firmado en 1996, establecerá una cooperación financiera por valor de 150.000 millones de pesetas. De estas relaciones ya se benefician empresas como Gas Natural-Enagas, y tienen a la vista proyectos Iberdrola, Endesa y Dragados.

Al igual que con el vecino marroquí, se ha pretendido seguir la fórmula de reconversión de la deuda externa de Argelia en inversiones españolas. Sin embargo, esta operación tardará un tiempo en ponerse en funcionamiento, estará pendiente de la evolución y estabilización que generen las reformas políticas de Bouteflika. Entonces llegará el momento de firmar un tratado de amistad y cooperación similar al de los países iberoamericanos y Marruecos.

Otro de los asuntos abordados fue la cooperación en cuestiones anti-terroristas, campo en el que se esperan encontrar objetivos comunes en el futuro. La cuestión de la emigración clandestina también fue tratada. Es importante no únicamente porque la comunidad argelina representa junto a la marroquí uno de los grupos de inmigración más numerosos de los que hay en España, sino porque, además, la mayoría de los inmigrantes subsaharianos (especialmente de Níger y Malí), atraviesan primero este país y es aquí donde contactan con las mafias que los llevan hasta Marruecos y de allí a Europa. En este sentido las difíciles relaciones argelino-marroquíes son un obstáculo a salvar.

El viaje del presidente no hizo más que reforzar la colaboración que ya se lleva a cabo desde hace tiempo y que concretó días después el director general de la Policía, Juan Cotino. El trabajo se desarrolló en varios encuentros bajo el principio de comenzar la lucha contra la inmigración ilegal en el territorio africano. Acudieron también a dichas reuniones otros representantes policiales de Francia, Túnez y Libia. A cambio, España ofreció el adiestramiento de cuerpos especiales argelinos en la lucha contra el terrorismo.

Como dijimos Aznar también se desplazó a Mauritania. Este Estado, sin ser ribereño, forma parte de lo que llamamos el Magreb periférico. Su cultura intermedia entre la africana continental y la árabe norteafricana le ha permitido en ocasiones beneficiarse de los diálogos del Mediterráneo, pero también implicarse en las tensiones saharianas entre Marruecos y Argelia, de las que se libró hace tiempo. Actualmente, su importancia para la política exterior española y europea, además de por pertenecer al diálogo Euromediterráneo, está fundamentada en el papel que desempeña en la estructura de la OTAN. De la mano de Portugal y con respaldo de Estados Unidos, el gobierno mauritano ha llegado a constituir uno de los flancos esenciales en la protección del Magreb por el Atlántico.

Por lo que se refiere al año 2000, Túnez ha seguido la línea política emprendida ya anteriormente. Este Estado aprovecha sus condiciones geográficas y demográficas, es decir, las ventajas de ser un territorio pequeño cuya fachada mediterránea ocupa una posición centrada en este mar y las de contar con algo más de nueve millones de habitantes. El tercer gobierno del presidente Zine el-Abidín Ben Alí emprendió su andadura a finales de noviembre de 1999. Sus objetivos siguen siendo los de épocas anteriores, esto es, modernizar y democratizar el país, evitar el crecimiento de movimientos islamistas, consolidar sus bases económicas,



reforzar su posición en el Magreb y profundizar en sus acuerdos con la Unión Europea. Los tunecinos siguen su camino hacia un desarrollo sostenido sin sobresaltos. El año pasado el país fue visitado por el presidente Aznar y los lazos tendidos siguen afianzando la cooperación y amistad hispano-tunecina.

Un hecho que se escribirá entre las luces y sombras de los anales de la historia de Túnez será la muerte del ex-presidente Habib Bourguiba el 6 de abril de este año. Con su fallecimiento, vuelven del recuerdo páginas imborrables de los acontecimientos más importantes del nacionalismo, no sólo de su país, sino de todo el Magreb. No es un detalle baladí que Argelia se sumase a Túnez decretando tres días de luto nacional en su memoria.

Bourguiba, bien educado a la francesa, supo ganar la independencia de su Estado en 1956 y a él se debió la instauración de la República. Su gobierno fue siempre autocrático y su dictadura se fue endureciendo con el paso del tiempo, pero eso no es óbice para decir que dotó a Túnez de la constitución más avanzada y progresista que haya existido en el Magreb. Todavía nadie en el mundo árabe excepto él, ha proclamado un Código de Familia que protegiera a la mujer y la igualara en derechos con el hombre. Reprimió al islamismo tunecino y luchó contra él, llevando a esos sectores al radicalismo. Protegió el nacionalismo palestino, permitiendo instalar la sede central de la OLP en Túnez y también fue un defensor de la nación árabe unitaria. A pesar de que su delfín, Ben Alí, decidió relegarlo del poder por senectud el 7 de noviembre de 1987, mantuvo sus visitas anuales a Monastir hasta el final de sus días. Con la desaparición del que fuera presidente durante treinta años se ha cerrado uno de los capítulos más importantes de la descolonización y la autodeterminación del pueblo árabe.

Quizás de los países magrebíes, el que mayores cambios ha experimentado sea Libia. No tanto por su política interna como por su progresiva recuperación de cara al orden internacional. Desde 1987, cuando fue bombardeada la capital, Trípoli, por las Fuerzas Aéreas norteamericanas, el Estado libio, fuertemente sustentado en la figura de su presidente Muamar al-Gadafi, padeció un aislamiento internacional al que se sumaron los países europeos. Los hechos se complicaron todavía más al producirse un atentado contra el Boeing 747 de la Pan Am, que hizo explosión en diciembre de 1988 sobre un pueblo de Escocia —Lockerbie—, causando 270 muertos entre pasajeros, tripulación y lugareños. En los años que siguie-

ron, y hasta prácticamente nuestros días, Libia ha sido acusada y sancionada por promover el terrorismo islámico en los Estados occidentales.

En abril de 1999 el gobierno de Trípoli se decidió a entregar a los dos terroristas acusados del “Caso Lockerbie” para ser juzgados por un tribunal escocés. A partir de ese momento empezaron a cambiar los planteamientos de Estados Unidos. Casi un año después, en marzo de 2000, una comisión del Departamento de Estado norteamericano realizó una visita oficial a Libia a fin de evaluar la posibilidad de levantar la prohibición que tenían los ciudadanos estadounidenses para viajar a este país. La conclusión de que Libia ya no era “un peligro inminente” animó al coronel al-Gadafi a expulsar de su territorio al grupo radical palestino Abu Nidal. Poco después, el 3 de mayo, con un año de retraso comenzó el proceso judicial y con ello el camino para la normalización de relaciones con la Casa Blanca.

Por su parte, los países europeos intentaron a finales del año pasado “desmarcarse” de las sanciones que Norteamérica había impuesto a Libia durante trece años. Romano Prodi, presidente de la Comisión Europea, invitó a al-Gadafi a presentar su posición ante la cámara, tendiendo así la mano a la república árabe. El presidente libio despachó desairadamente a la Unión Europea.

En abril de este año, con motivo de la Cumbre Euroafricana celebrada en El Cairo, volvió a presentarse la ocasión de aproximar la postura europea a la libia. Una vez más, los intentos de Europa se vieron ventilados con la esperpéntica intervención del líder magrebí, quién no dudó en hacer declaraciones públicas de desprecio de las democracias europeas, incluida España. Además de esto, tampoco le faltaron desaires contra el Proceso de Barcelona. En otras palabras el afán de protagonismo de al-Gadafi pudo haber arruinado los esfuerzos diplomáticos europeos. Pero a pesar de las críticas, los dirigentes de Europa supieron interpretarlas como el deslumbramiento sufrido por el presidente libio al subirse de nuevo al escenario mundial.

Aznar, aunque descartó la posibilidad de visitar Libia, siguió confiando en poder desarrollar un diálogo con los responsables libios intermedios, que no acostumbran a mostrar actitudes excéntricas. De hecho, a mediados de junio el ministro de Asuntos Exteriores español, Josep Piqué, se entrevistó en Madrid con su homólogo libio, Abdelrramán Mohamed Shalgam, con quien pudo proyectar una intensificación de las relaciones económicas y comerciales ente los dos Estados para el futuro.

Está claro que el presidente libio ha volcado su mirada en estos años de aislamiento hacia el continente africano, perdiendo aparentemente su interés no sólo por los europeos, sino incluso por el Proceso de Paz en el Oriente Próximo. Gadafi ha cambiado de política exterior y ahora persigue explotar su papel de “unificador” y “puente” en el panorama panafricano, como se puede deducir de su intervención en la Cumbre de la Organización para la Unidad de África (OUA) celebrada en julio en Togo.

Idénticos síntomas nos ofrece su posición respecto al Proceso de Barcelona. Durante meses al-Gadafi se quejaba, más de las decisiones europeas que de la presencia israelí, como de la imposición de las decisiones europeas. Ya hemos indicado que hasta el día anterior no cambió de parecer, después de llevar meses diciendo que no asistiría a la Conferencia de Marsella.

Por último, cabe destacar algún comentario sobre Egipto, a pesar de su particular situación geográfica en el norte de África, aunque bien es sabido que su evolución histórica y actual está más vinculada al Oriente Próximo. No obstante, en algunos momentos ha mostrado su interés por adherirse al Gran Magreb, pero dado el poco éxito que ha tenido esta unión, tampoco se ha presentado la ocasión de profundizar en este objetivo exterior.

Al gobierno egipcio ya nos hemos referido en el contexto oriental, más adecuado a su papel como cabeza de la diplomacia del mundo árabe. No es casualidad que en El Cairo tenga su sede la Liga de Estados Árabes.

Pero queremos completar esta trayectoria de intercambios de visitas entre jefes de Estado árabes con el Estado y Gobierno español, mencionando el viaje del presidente Hosni Mubarak a Madrid del 29 al 31 de mayo de 2000. Su principal objetivo como decano de los árabes fue tratar el Proceso de Paz del Oriente Próximo, precisamente en unos momentos tan críticos como eran aquellos, tras la retirada israelí del Líbano. El gobierno de El Cairo siempre ha tenido un papel relevante en los acontecimientos regionales, pero en este año ha adquirido un cariz especial. La impotencia ante la que se han visto los habituales mediadores internacionales ha conducido a volver la mirada hacia Egipto, país en el que también se han albergado algunas de las esperanzas de entendimiento israelí. Por idénticos motivos, la comunidad árabe se vuelve hacia España como nexos con la Unión Europea. No sólo la Conferencia de Madrid y la Conferencia de Barcelona, sino también la amistad que une al Rey Juan Carlos I y al resto de la familia real con otras realezas árabes como la

marroquí, la jordana o el propio Yasser Arafat han dotado al gobierno de Madrid de unas posibilidades de arbitraje muy destacadas y lejos de los intereses particulares de España.

En esta visita de Mubarak también se trataron aspectos económicos de las relaciones bilaterales. Asunto más importante, aunque no el único fue la participación española en la construcción de un tren de alta velocidad en Egipto. Aznar mencionó el interés por mejorar y aumentar las inversiones en el país árabe. Y el terreno cultural también tuvo su lugar, pues la visita coincidió con los actos de conmemoración del Cincuentenario del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos en Madrid. Este viaje fue correspondido por el ministro de Asuntos Exteriores, Piqué, en la gira que realizó por el Oriente Próximo en julio.

En Egipto tuvieron lugar el 5 de noviembre unas elecciones generales, que volvieron a dar el triunfo a Mubarak.

## **IRAQ E IRÁN**

Ninguno de los dos países son mediterráneos; incluso Irán ni siquiera es árabe, pero es indudable que, aunque su trayectoria puede tener una evolución e identidad propia, estas dos naciones también se caracterizan por su conexión con los acontecimientos del Oriente Próximo mediterráneo y su peso político en ellos.

Respecto a Iraq, sobran casi todos los comentarios que puedan explicar las circunstancias y consecuencias de un embargo internacional impuesto por las Naciones Unidas que dura ya casi una década. En ese sentido, el año 2000 prácticamente no ha proporcionado ninguna singularidad especial que lo distinga de otros años anteriores.

Aunque ya no sean novedad ni ocupen las portadas en los periódicos, los ataques aéreos británico-estadunidenses han seguido produciéndose y ocasionando víctimas civiles desde que se reanudaron en diciembre de 1998. El gobierno iraquí, lejos de debilitarse, ha ido afianzando todos sus pilares en contra de lo previsto por la comunidad internacional. El 8 de noviembre Egipto estableció relaciones diplomáticas con Bagdad. Cuando hacemos balance final de este año, todavía no podemos apreciar los efectos que este paso pueda tener sobre Iraq y la región en conjunto, pero no nos debe pasar inadvertidos el significado de esta decisión, dado que como venimos insistiendo, la brecha abierta por El Cairo puede invi-

tar a otras naciones árabes a tomar ejemplo. Al mismo tiempo, no olvidemos la incapacidad que Estados Unidos está demostrando en la resolución del problema árabe-israelí y el descrédito que esto le acarrea en el Oriente Próximo. Y desde luego, no hay duda de que Sadam Husein no perderá la oportunidad de arengar e inflamar el nacionalismo árabe una vez más, tratando de dirigirlo para desencadenar las reacciones de otros países y obtener el mejor provecho.

Si alguien ha salido beneficiado de la enemistad entre Iraq y Estados Unidos, ese ha sido Irán. El equilibrio de fuerzas en Asia central siempre ha sido un jeroglífico difícil de resolver. De nada nos sirve recordar las alianzas que el gobierno de Washington mantenía con su fiel Sadam Husein, cuando la encendida revolución iraní protagonizada por Jomeini se extendía por doquier hace veinte años. Ahora la balanza se inclina al lado contrario. El temido gobierno de Bagdad se ha convertido en el punto de mira de quienes dictan el orden mundial.

Teherán ha recuperado su fuerza regional a lo largo del año 2000 y ello se ha debido a los buenos ojos con los que la comunidad internacional ha visto confirmada la renovación interna del país. La unión de los reformistas, en un frente común, hizo perder el control parlamentario a los conservadores. El pueblo iraní expresó su apoyo a la apertura política que lidera el presidente Mohamed Jatamí desde su anterior legislatura. Sin embargo, este hecho no debe confundirse con la desaparición de la línea islámica, puesto que Irán no está dispuesto a importar un modelo de otra civilización. Pero tampoco quiere decir que su consolidación en el gobierno no vaya a suponer un freno al fundamentalismo radical, a pesar de que el cargo de Guía de la Revolución siga en manos del conservador Alí Jamenei.

La República Islámica dará un giro hacia un sistema más pluralista, donde encontrarán un hueco incluso los escasos partidos de la oposición. Esto permitirá el desarrollo político de Irán, que no sólo tendrá su reflejo en el interior del Estado, sino también en su proyección exterior.

A los pocos días del triunfo electoral del Partido de la Participación, Estados Unidos transmitió al presidente iraní su interés por acelerar la normalización de relaciones diplomáticas entre el gobierno de Washington y el de Teherán, rotas desde 1980. Irán mantuvo la postura que, sin aludir directamente a Norteamérica, ya había anunciado Jatamí en su discurso de la UNESCO de finales de octubre de 1999. Por eso la iniciativa de esta gestión no fue recibida con gran entusiasmo por parte iraní, que pide más ges-

tos de confianza en la práctica y menos declaraciones laudatorias. El abanico de relaciones exteriores que mantienen estas dos grandes potencias, les hace chocar entre ellas en varios contenciosos internacionales (Turquía, Israel, el problema kurdo...), a los que ya nos referiremos después.

Por su parte, la Unión Europea estableció relaciones con Irán en 1997 y goza de la voluntad de aproximación del presidente iraní, quien otorga una especial importancia a las relaciones económicas irano-europeas. Los socios comerciales principales de Irán son Alemania, Italia y Francia, a los que en numerosas ocasiones la oposición en el exilio ha acusado de su "mascarada democrática", al relacionarse con un país en el que se perciben enormes reservas sobre la Declaración de los Derechos Humanos de Naciones Unidas.

Los nuevos aires que corren por Irán han atraído al gobierno de Madrid, motivo por el que el presidente Aznar decidió visitar al presidente Jatamí del 22 al 23 de octubre. El jefe del Ejecutivo español llevó en su cartera varios temas para negociar relativos al contexto en el que se encontraba Europa desde el otoño. Los precios del petróleo fueron la cuestión preferente, logrando arrancar del presidente de Irán el compromiso de intervenir en el marco de la OPEP para que ésta aceptara precios por barril inferiores a los 31 dólares, al tiempo que conseguía obtener un acuerdo de trato preferente a los empresarios españoles. Como contrapartida, España apoyará el ingreso de la república asiática en la Organización Mundial de Comercio.

Otro de los asuntos en alza en esos momentos estaba relacionado con el supuesto respaldo de Irán a la guerrilla islámica Hizbollah, pero el presidente iraní se deshizo del asunto presentándolo como una corriente libanesa que nada tiene que ver con Irán. Sin embargo, ambos dirigentes consiguieron aunar intenciones contra los problemas derivados del terrorismo y el narcotráfico.

Pero la estrella diplomática del encuentro entre los dos presidentes llegó al hilo del tema de la continua vulneración de los Derechos Humanos y la situación de la mujer. Aznar expresó sin rodeos el malestar de la Unión Europea y consiguió que Jatamí firmara una declaración en la que al menos se destacaba la importancia de los valores culturales y éticos de las sociedades y se aludía a los Derechos Humanos como el principio universal para el entendimiento entre las naciones. Recordemos que tan sólo unos días antes Jatamí había propuesto la eliminación completa de Israel como solución al conflicto del Oriente Próximo.

## LOS OTROS “MEDITERRÁNEOS”: TURQUÍA, GRECIA Y CHIPRE

Turquía siempre ha sido un país “puente” en lo geográfico, en lo político, en lo económico, en lo cultural... Durante la guerra fría, Estados Unidos y Europa se las arreglaron para cuidar sus relaciones con esta república. Turcos e israelíes jugaban un papel fundamental en la seguridad del Mediterráneo frente al bloque soviético.

El cambio del contexto internacional en los años noventa ha llevado a valorar a estos dos Estados como territorios sobre los que se ha perdido el interés que movía al mundo occidental a volver los ojos hacia ellos. Sin embargo, éste es una apreciación errónea. Israel puede seguir teniendo una función importante en el Oriente Próximo como agente económico que facilite el crecimiento y movimiento de las finanzas de sus vecinos árabes, pero para ello tendrá que pasar por el año de un Estado palestino soberano y de una paz global en la región. Cuestión, como ya hemos visto, bastante compleja.

Por su parte Turquía puede aportar también elementos esenciales: pertenece a la Alianza Atlántica, está situada entre el Mediterráneo, el Mar Negro y el Caspio, siendo zona de tráfico de importantes recursos energéticos (gas y petróleo), constituye un enclave de gran valor geoestratégico entre los Balcanes y el Oriente Próximo... Sin embargo, hay que reconocer que el gobierno de Ankara ha tenido motivos importantes para sentirse molesto en el contexto de las relaciones que ha mantenido con la Unión Europea hasta tiempos muy recientes.

Europa siempre ha tenido abierta la puerta de Turquía cuando ha llamado a ella, comportamiento que no ha sido correspondido en sentido contrario. Turquía ha tenido que soportar el peso de la incongruencia durante la última década. Ha visto como se recurre a ella en cuestiones de seguridad y al mismo tiempo cómo su aportación queda sin corresponder cuando se tratan aspectos económicos y culturales. En diciembre de 1997 la Unión Europea le negaba su vía de acceso para convertirse en miembro de pleno derecho y le ofrecía las migajas de participar en la Conferencia Europea. El entonces gobierno de Mesut Yilmaz entendió esta actitud como una ofensa nacional. Se han esgrimido argumentos de todo tipo para justificar la exclusión del régimen turco, hasta que la Cumbre de Helsinki de diciembre de 1999 dio luz verde a sus aspiraciones: queda considerado como candidato a la adhesión a la Unión Europea, a pesar de

que no se ha fijado fecha concreta para que ello se produzca. En este sentido, el año 2000 ha sido novedoso para ellos.

Para el sector industrial, Turquía formaba ya parte del Acuerdo Aduanero desde hace cinco años. En términos económicos su desarrollo es superior al de algunos de los países de Europa del Este, aunque tendrá que tomar medidas para alcanzar los criterios de la Conferencia de Copenhague. El sistema político se esfuerza por ser democrático, aunque el terrorismo al que ha tenido que hacer frente en los últimos años, especialmente el kurdo y el de Hizbollah, ha radicalizado ciertas actitudes del gobierno. En las elecciones que tuvieron lugar en abril logró hacerse con el poder una coalición socialdemócrata, de centro-derecha y de derecha, que ha proporcionado mayor estabilidad al país. Frente a esta coalición existía una oposición, en la que se encontraban sectores religiosos pero no fundamentalistas. El respeto a los Derechos Humanos sigue siendo una asignatura pendiente. También lo es la separación de los militares de la vida política a medida que se vayan implantando reformas democráticas.

En lo que se refiere a España, el gobierno ha prestado su apoyo a Turquía para ver cumplido su deseo de integrarse en la Unión Europea. Ambos países, extremos del Mediterráneo, se han caracterizado en la última década por promover políticas de aproximación entre los Estados ribereños. En ese sentido, parece incomprensible que a Turquía, que mejor que ningún otro país reúne el mundo musulmán y occidental, no se le diera entrada en el diálogo Euromediterráneo, al mismo tiempo que quedaba marginada su candidatura europea. Los resultados de Helsinki despertaron un enorme interés en aquel país por tomar parte activa en el Plan de Estabilización para el Mediterráneo, que debería haberse culminado con éxito en la Conferencia de Marsella. En este sentido, también estaba impaciente la República de Malta por participar en los procesos que se están produciendo al objeto de aproximar a las dos riberas mediterráneas.

Pero Turquía tiene todavía muchos otros asuntos internos y externos que resolver en la región oriental del Mediterráneo y con sus vecinos árabes y asiáticos. De todos los contenciosos que tiene que resolver, quizás sea la "Cuestión de Chipre" uno de los más dificultoso. Las Naciones Unidas ya se pronunciaron sobre el caso, decidiendo la creación de una federación bizonal y bicomunal en la República de Chipre. Aunque hay otros problemas exteriores también importantes, éste adquiere una trascen-



dencia vital puesto que, durante mucho tiempo, ha supuesto uno de los obstáculos en sus relaciones con Grecia, país que se esforzaba en vetar la entrada de Turquía en la Unión Europea. Al margen de este contencioso sin resolver, el resto de los lazos diplomáticos existentes entre los dos Estados no son tan discordantes. Es más, se ha observado un giro importante desde Helsinki; Grecia ha visto en la futura adhesión de Turquía a la Unión Europea la ocasión de solucionar las tensiones chipriotas. Además, también dará la oportunidad a Chipre de negociar su propia candidatura.

Respecto a Grecia, no es éste su único embrollo en sus relaciones exteriores. Persisten los problemas con la República de Macedonia, cuya denominación como Estado constituye "casus belli" para el gobierno de Atenas.

En sentido completamente opuesto, de forma definitiva se han resuelto las diferencias griegas precisamente con España en este año. El acercamiento comenzó con la visita de Don Juan Carlos y Doña Sofía a Grecia en 1998. Más tarde, la visita del primer ministro Costas Simitis a Madrid y la del presidente Aznar a Atenas el 7 de junio, ha allanado en gran medida el difícil camino que caracterizó las relaciones de ambos gobiernos desde 1982. En la actualidad España y Grecia tratan de resolver sus recelos en el marco de la Unión Europea, pero como una más de las múltiples situaciones que se producen en el seno de una unidad que tiene que enfrentarse a la ampliación y a las existencia de Estados grandes frente a otros menores.

Finalmente volviendo a los turcos, diremos que con Irán han tenido tensiones, pero más de tipo diplomático que militares. El origen de estas tensiones se encontraba en el apoyo que la república chií ha prestado al radicalismo religioso que actuaba en Turquía.

Donde sí existen complicaciones bastante más graves es entre Ankara y Damasco. Los problemas derivan de las presas construidas en territorio turco, que impiden la llegada del agua del río Eúfrates a los sirios. Ante estas circunstancias, hasta finales de 1998, la respuesta del gobierno sirio fue el apoyo al terrorismo de PPK (Partido de los trabajadores kurdos) que actuaba en tierras turcas y que fue duramente reprimido desde el gobierno. Las relaciones turco-sirias han ido "mejorando" desde la expulsión del líder kurdo Occalan de Siria y su posterior detención y enjuiciamiento en Turquía.

Este asunto no termina aquí; es bastante más amplio, pues a la vez también ensombrece las relaciones de Turquía con Iraq , dado que el

Gobierno Autónomo del Kurdistán se ha convertido en moneda de cambio entre unos y otros en la región asiática. Las raíces de esta situación son profundas en el tiempo, pero han adquirido una relevancia especial a comienzo de los años noventa. Este territorio quedó establecido sobre tres regiones iraquíes a raíz de la Guerra del Golfo y se mantiene custodiado por los aviones de Estados Unidos y Gran Bretaña (lo que también impide el tráfico aéreo normalizado sobre Turquía). Este “experimento democrático” ha llevado a una división interna en dos partes. Una bajo el control del Partido Democrático del Kurdistán (PDK) y otra por la Unión Patriótica del Kurdistán (UPK), pero se identifican a sí mismos como parte del Estado federal de Bagdad, a pesar de la “limpieza étnica” que parece estar desarrollando el régimen de Saddam Hussein. Estos partidos kurdos, a su vez, se han distanciado del PKK.

Turquía por su parte no quiere ni oír hablar del asunto, pues teme una réplica de la situación en su propio territorio. E Irán podría estar suministrando armamento al denominado Gobierno Autónomo del Kurdistán en territorio iraquí, azuzando a quién fue su rival en los años ochenta. Queda pues, mucho por resolver en este nudo de gobiernos y pueblos en la región asiática.